

# *La integración* en la **HISTORIA** de **América**

Verdaderamente milenarios van siendo los empeños de la integración americana. Y su alcance temporal supera con largueza los tiempos que tradicionalmente hemos considerado como propios de nuestros esfuerzos de integración.

El actual conocimiento de nuestra primera historia, gracias a los logros de la arqueología y la lingüística, revela que, desde tiempos inmemoriales, nuestros pueblos originarios se empeñaron en tareas de vinculación e intercambio y llegaron a crear mecanismos de integración humana e incluso espacios culturales compartidos.

Penetrando selvas, navegando ríos, cruzando cordilleras, aventurándose en frágiles navíos a través de los mares, nuestros antepasados indígenas intercambiaron bienes de uso común y experiencias de domesticación de plantas y animales. Así, el maíz y el pimiento, domesticados originalmente por la cultura valdivia, en la actual costa ecuatoriana, llegaron a Mesoamérica, de donde se regaron más tarde en todas direcciones; del mismo modo, la papa salió de los Andes centrales y se expandió por el continente, mientras la yuca y otros tubérculos del área del Caribe alcanzaban las cuencas de la Orinoquia y la Amazonia, creando unas formas y espacios originarios de cultura.

Más tarde, como resultado de esos empeños, nuestros abuelos aborígenes crearon rutas de comercio, montaron avanzados sistemas de intercambio, compartieron formas



**Mapamundi del Reino  
de las Indias:**

Un reino llamado Anti Svio  
hacia el derecho  
de la Mar [sic] de norte.

Otro reino llamado  
Colla Svio, Sale So [L].

Otro reino llamado  
Conde Svio  
hacia la mar de SVR, llanos.

Otro reino llamado  
Chinchai Svio,

PVNI [EN] TE SOL.

Felipe Guamán Poma de Ayala,  
1615,

Nueva coronica y buen  
gobierno, pp. 1001-1002  
Biblioteca Real de Dinamarca,  
Copenhague.

de culto religioso, levantaron centros ceremoniales de importancia colectiva y desarrollaron lenguas de uso amplio e influencia que hoy diríamos internacional. Muchos son los ejemplos que podrían citarse, pero me limitaré a señalar unos pocos.

En cuanto a rutas de comercio marítimo, vale destacar los logros de la cultura manteño-huancavilca, cuyos navegantes desarrollaron un avanzado navío, la “balsa manteña”, que más tarde mereció la atención científica de Humboldt, y llegaron a conocer bastante bien las corrientes marinas, al punto de viajar regularmente por toda la costa del Pacífico, desde Chile hasta México, comerciando textiles de algodón y lana, mullu, alimentos, colorantes e inclusive piezas de orfebrería. A los manteños se les atribuye también haber viajado con cierta regularidad entre Sudamérica y la Polinesia.

Otro ejemplo a destacar es la “ruta del *Spondylus*”, habida entre la costa del actual Ecuador y el Perú precolombino, cuyo elemento central de intercambio era la colorida concha bivalva que le da nombre, considerada alimento para los dioses. Pero por esta misma ruta llegaba desde el sur el cobre con que se fabricaban las hachas-monedas de la costa equinoccial, lo que redondeaba una notable experiencia de intercambio económico y cultural.

Empero el mejor ejemplo de integración precolombina es quizá la difusión y uso del maíz, ese magnífico y variado cereal que alimenta desde entonces a nuestras gentes y que en cada altura o microclima genera sorprendentes variedades, y del algodón, esa maravillosa fibra vegetal que nuestros pueblos indígenas domesticaron y que América regaló más tarde al mundo. Para cuando llegaron los europeos a nuestras costas, la mayoría de pueblos americanos conocía y usaba el maíz y el algodón, elementos fundamentales de su dieta y su vestuario, respectivamente, que formaban parte de un modo de vida digno y austero, que en su hora causó asombro a los conquistadores.

La llegada de los europeos cortó esos lentos y originales procesos de integración cultural indoamericana, pero creó una nueva realidad política continental que, en síntesis, significó la conformación de un mundo hispanoamericano, integrado bajo una sola autoridad colonial. Es más, durante un largo periodo (1580-1650) toda Iberoamérica, incluyendo Brasil, estuvo vinculada por la unión dinástica de las coronas española y portuguesa. De este modo, durante tres siglos se fue conformando un enorme espacio sociocultural, por el que recorrían órdenes religiosas y rotaban funcionarios coloniales, pero también circulaban navegantes, arrieros y caravanas de comercio, militares y hombres de cultura.

### ◀ El fenómeno hispanoamericano

En Sudamérica, la producción argentífera del “cerro rico” de Potosí se convirtió en motor de una formidable movilización económica, que llevaba para el Alto Perú una multiplicidad de bienes y mercancías, entre los cuales mulas y bovinos de la pampa argentina, azúcares de Tucumán, cereales del Perú, vinos de Chile y telas de Quito. Similar dinámica económica generaron en Mesoamérica los centros mineros mexicanos y en Brasil las regiones auríferas de Minas Gerais y Mato Grosso. Y no fue menos importante, como fuerza motriz de esa creciente integración económica colonial, el transporte de los “situados” o fondos para la defensa, que se enviaban desde los interiores a las “plazas fuertes” costaneras y que motivaban la formación de caravanas regulares de comercio intercolonial, tales como las que recorrían desde el norte de México hasta las Floridas o desde Quito hasta Cartagena.

Por su parte, las fértiles costas americanas y en especial la región del Mar Caribe se convirtieron en espacios ideales para la economía de plantación y en emporios productivos de azúcar, cacao, tabaco, café, especias y colorantes. Fueron la base para la apertura de rutas comerciales como la de Nueva España y de circuitos como el “comercio triangular”, que vinculó a la América con Europa y África y dio paso a la acumulación originaria de capital en Europa occidental. A la larga, el comercio marítimo resultante de esta expansión productiva rompió con el monopolio español e impuso la necesidad del libre comercio, que vino acompañado de las ideas de emancipación, puesto que la dinámica comercial había creado un mercado y una mentalidad americanos, que no podían seguir atados a las trabas del colonialismo, el monopolio y la dependencia.

**Mapa de la Gran Colombia de Francisco Antonio Zea.**

Impreso en Londres en 1823, en el libro Colombia siendo una relación geográfica, topográfica, agrícola, comercial y política, adaptada para todo lector en general y para el comerciante y colono en particular. Biblioteca Nacional de Colombia



Por todo lo expuesto, no es hora ya de seguir condenando la conquista europea, por más execrables que hayan sido sus métodos y por más turbios que hayan sido sus fines. Lo cierto es que esos conquistadores, sin habérselo propuesto, contribuyeron también a la integración de nuestro continente. En lo cultural, fortalecieron y difundieron las más importantes lenguas indígenas, en busca de facilitar la tarea evangelizadora, es decir, la conquista espiritual de los indígenas. Es cierto que eso provocó el relegamiento y extinción de muchas otras lenguas, pero no es menos cierto que esa experiencia colonialista permitió la supervivencia y desarrollo de varias lenguas indígenas, que perviven hasta hoy con gran fuerza y son idiomas de alcance internacional, entre ellos el quichua o kichwa, el tupí-guaraní, el aymara, el náhuatl y el maya-quiché. Por otra parte, esos conquistadores nos dejaron como legado histórico una lengua universal, que luego nuestros pueblos recrearon y enriquecieron, y que hoy mismo, gracias a la acción de las gentes latinoamericanas, se ha convertido en la más hablada de nuestro continente y una de las dos más difundidas del mundo.

Herencia de España es también nuestra cultura urbana, que incluye una colección de formidables ciudades con bellos nombres indígenas: Quito, México, Querétaro, Caracas, Bogotá, Habana, Lima, Arequipa, Guatemala, Panamá, Potosí, Guayaquil, Cali, Cusco. Una de ellas, Quito, fue la primera ciudad del mundo a la que la UNESCO calificó como “Patrimonio Cultural de la Humanidad”. Y junto con esas ciudades nos quedó también un modelo de vida urbana, que incluye el trazado en retícula y formas organizadas de desarrollo urbanístico, pero también un orden municipal y un sentido ciudadano del vivir en comunidad.

En fin, parte de la herencia española son también la religiosidad hispanoamericana y cierto espíritu quijotesco de la vida, reconocible en personajes que no dudan en emprender luchas contra lo aparentemente imposible, inspirados en un particular sentido del honor y la justicia. Al escribir esto pienso en Eugenio Espejo, Simón Bolívar, José de San Martín, José Gervasio Artigas y Manuela Sáenz, pero también en Eloy Alfaro, el Ché, Fidel, Allende, Torrijos, las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, Hugo Chávez y Rafael Correa, cada quien abanderando su propia lucha contra los molinos de viento.

## La independencia, esa integración frustrada

► El generalizado anhelo de independencia que estalló en nuestra América a comienzos del siglo XIX fue la culminación de un largo proceso de toma de conciencia por parte de los criollos. Esos nietos de europeos, que en algunos casos poseían también ascendencia indígena, dejaron de ver a América como tierra de conquista, luego pasaron a verla como su propiedad y finalmente la miraron como su Patria, asumiendo plenamente su condición de americanos.

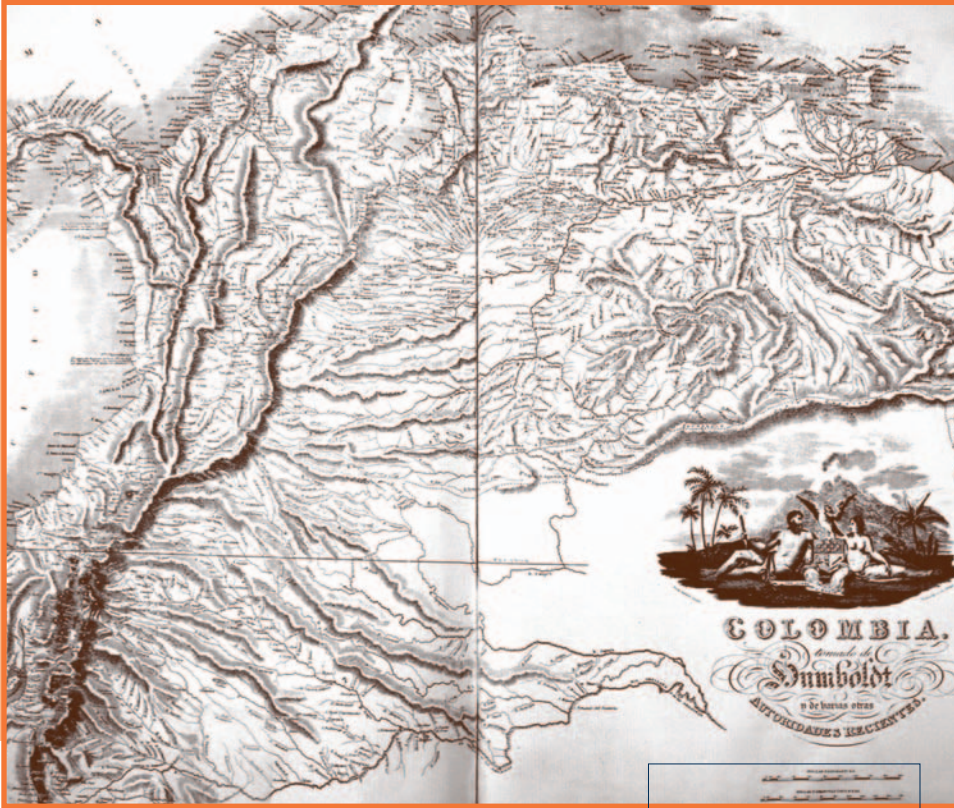
Nació, así, la patria de los criollos, esos seres a los que Vizcaro llamaba todavía “españoles americanos”, a falta de una mejor definición, y a los que Bolívar definiría más tarde como miembros de un nuevo y pequeño “género humano”. Y es que, pese a ser formalmente españoles, los criollos eran la vanguardia de un mundo nuevo que emergía a la luz de la historia y la clase dirigente de una sociedad donde la presencia europea salía sobrando.

Los líderes criollos veían como su patria a toda nuestra América y por eso lucharon solidariamente y concibieron sueños de unidad continental para esa Patria Grande. Francisco de Miranda, el precursor de la independencia hispanoamericana, hasta definió un nombre para esa gran república que debía integrarse con todas las colonias españolas: Colombia, en homenaje a Cristóbal Colón. Y Simón Bolívar, el principal líder de la campaña liberadora, se asumió también como abanderado de la integración y unidad continental, para lo cual convocó el Congreso anfitrión de Panamá a poco de haber culminado con la liberación del Perú.

Pero esos sueños de unidad continental eran demasiado grandes para las pequeñas oligarquías locales, cuya mayor ambición era mantener su dominio sobre la tierra y los hombres de tal o cual región. Así que resistieron o se opusieron a los esfuerzos unitarios, primero, y luego estimularon la disgregación de las grandes unidades políticas surgidas de la independencia. La Gran Colombia fue dividida, al igual que la República Centroamericana, y hubo planes frustrados para retacear otros países del área.

Al mismo tiempo, sobre ese archipiélago de repúblicas oligárquicas empezaron a planear las sombras de grandes buitres llegados desde fuera, que buscaban sumarse al festín de los carroñeros locales.





Mapa de América,  
levantado para uso del  
Rey Luis XV de Francia.  
Por Guillaume DeL'Isle  
primer Geógrafo de Su Majestad,  
de la Academia Real de Ciencias.  
En Paris, 1722  
Biblioteca Digital del Patrimonio  
Iberoamericano (BDPI).

Las infelices republiquetas, que no eran capaces siquiera de evaluar sus propias miserias y necesidades, se encontraron mutuamente por tristes disputas fronterizas y se lanzaron a guerras insensatas. Cada caudillo bárbaro se sentía un pequeño Napoleón, cada presidente ruín se proclama abanderado del orden, mientras los gloriosos ejércitos nacionales emprendían campañas para “exterminar indios y extender la civilización” o aplastaban con balas las protestas de los trabajadores.

Esa trístísima situación solo empezó a cambiar cuando nuevos líderes liberales se empeñaron en el rescate de la soberanía nacional y los recursos de sus países, en la laicización y democratización del Estado y en la búsqueda de un mejor destino para sus pueblos. Ciertamente es que muchos gobernantes liberales solo se empeñaron en sustituir

la hegemonía política de los terratenientes postcoloniales por la de una nueva clase burguesa (Porfirio Díaz es un buen ejemplo de ello). Pero no es menos cierto que hubo una pléyade de revolucionarios liberales que se empeñaron en rescatar los planes de unidad de la Patria Grande y en concluir la tarea independentista con la liberación de Cuba y Puerto Rico. Se llamaban Eloy Alfaro, Joaquín Crespo, José Martí, José Santos Zelaya, Máximo Gómez, Cipriano Castro, Antonio Maceo, José Peralta, Benjamín Herrera, Justo Arosemena, Nicolás de Piérola, José María Vargas Vila, Rafael Uribe Uribe, Juan de Dios Uribe.

También los motivaron la imposición a Cuba de la “Enmienda Platt” y la toma de Panamá por Teodoro Roosevelt, que fueron los anuncios de la emergencia de un nuevo imperio, de voracidad insaciable, que venía equipado con cañoneras, pero también con mecanismos de penetración económica y sojuzgamiento político.

El mismo Roosevelt había proclamado la voluntad expansionista de ese nuevo imperio: *“Siempre que se ha producido un movimiento de expansión, ha sido porque la raza que lo ha llevado a cabo era una gran raza. Ha sido como una señal y una prueba de la grandeza de la nación expansionista. Y además debe tenerse en cuenta que, en todos y cada uno de los casos, esos movimientos supusieron un beneficio incalculable para la humanidad”*. Y cabe agregar que años antes, en 1888, el secretario de Estado norteamericano James Blaine había propuesto ya la creación de una “Unión Comercial de las Repúblicas Americanas”, encaminada a *“asegurar mercados más extensos para los productos de cada uno de los referidos países”*.

Esos liberales revolucionarios comprendieron en toda su dimensión los peligros que traía consigo la emergencia del imperialismo y se empeñaron en levantar trincheras de ideas, y de las otras, para enfrentar las amenazas extranjeras contra la soberanía común. Lo que es más: ellos rescataron la vocación integracionista de nuestros libertadores y proclamaron la esencial unidad de América Latina.

Uniando la acción a la palabra, hicieron planes y esfuerzos para reconstituir la Gran Colombia y la República Centroamericana, como pasos previos a la conformación de una gran Confederación de Estados Sudamericanos, entendiendo el Sur en su más amplio sentido, esto es, como todo lo que estuviera abajo del Río Bravo.



## Los proyectos de integración en el siglo XX

Si el siglo XIX abundó en sueños de unidad y luchas por la integración latinoamericana, el XX no se quedó atrás. Pese al patriotismo dominante en el área, América Latina desarrolló una creciente conciencia sobre sí misma, sus problemas y retos comunes. Nación de naciones, patria mayor de un conjunto de pequeñas repúblicas, territorio tradicional de conquista y dominación imperial, se halló nuevamente frente al reto de integrarse o desaparecer.

La alerta fue marcada esta vez por la agresión imperialista de Alemania, Gran Bretaña e Italia contra Venezuela, en 1902-1903, con el pretexto de cobrar la deuda externa, acción que contó con la complicidad de los Estados Unidos y sus monopolios. Varios países latinoamericanos repudiaron esa agresión (Argentina, Ecuador, México, Chile, Bolivia, Panamá) y el gobierno de la República Argentina, a través de su canciller Luis María Drago, formuló una protesta formal contra los agresores, denunciando la ilegalidad del uso de la fuerza para cobrar deudas a pequeños Estados. *“La deuda pública no puede dar lugar a la intervención armada y menos aún a la ocupación material del suelo de las naciones americanas por una potencia europea. El cobro compulsivo e inmediato, en un momento dado, por medio de la fuerza, no traería otra cosa que la ruina de las naciones más débiles y la absorción de un Gobierno, con todas las facultades que le son inherentes, por los fuertes de la tierra”*, expresaba esa protesta, que se convertiría luego en una importante doctrina del derecho internacional americano: la *“Doctrina Drago”*.

Aquella agresión imperialista generó una nueva ola de conciencia nacional latinoamericana. Ampliando el pensamiento precursor de José Martí y José Enrique Rodó sobre el tema, surgió una corriente de pensadores antiimperialistas, en la que destacaron el nicaragüense Rubén Darío, los argentinos José Ingenieros y Manuel Ugarte, el dominicano Max Henríquez Ureña, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, el ecuatoriano José Peralta y los cubanos Enrique José Varona y Julio Antonio Mella.

En 1923, Ingenieros alzó su voz para denunciar la creciente amenaza que se cernía sobre nuestros países. Dijo entonces: *“Sea cual fuere la ideología que profesemos en materia política, sean cuales fueren nuestras concepciones sobre el régimen económico más conveniente para aumentar la justicia social en nuestros pueblos, sentimos vigoroso y pujante el amor a la libre nacionalidad cuando pensamos en el peligro de perderla, ante la amenaza de un*

*imperialismo extranjero. Se trata para los pueblos de América Latina, de un caso de verdadera y simple defensa nacional, aunque a menudo lo ignoren u oculten muchos de sus gobernantes”.*

Cuatro años después, el gran revolucionario ecuatoriano José Peralta, amigo y colaborador de Eloy Alfaro, concluía en su autoexilio panameño el opúsculo *La esclavitud de América Latina*, sustentando desde Nuestra América una particular teoría del imperialismo, que no se quedaba en los aspectos políticos del fenómeno imperialista, sino que incluía un minucioso estudio de los mecanismos económicos del mismo. Consignó ahí: *“Norteamérica ha concebido a su modo el derecho de conquista, y modificado los procedimientos para establecer y cimentar su dominación sobre los pueblos conquistados. [...] La vanguardia yanqui es el Dólar, en sus múltiples fases, en sus infinitas combinaciones, en sus diversas formas”.*

Poco después, el cubano Julio Antonio Mella publicaba un vibrante artículo en el que desmenuzaba las razones y objetivos del “panamericanismo”, precisamente en momentos en que los Estados Unidos se hallaban preparando la Sexta Conferencia Panamericana, que había de celebrarse en La Habana, en 1928. Una conferencia a la que habría de llegar también, junto con las voces sumisas de los delegados oficiales, la alta y vigorosa voz de un gran luchador antiimperialista: Augusto César Sandino. Con lo cual la toma de conciencia latinoamericana cedía lugar a la acción liberadora de nuestros pueblos.

### Viejos esfuerzos, nuevos proyectos

► Hoy, como ayer, la idea unitaria e integracionista no ha sido en nuestra América solo una proposición reactiva, de defensa frente a las amenazas exteriores. Ha sido y es, ante todo, una idea-fuerza activa y propositiva, enrumbada a promover la aproximación de las partes de una nación disgregada, pero sin afectar ni avasallar sus identidades particulares, sino vinculando sus energías internas para constituir un espacio de colaboración y apoyo mutuo, y también para proyectar al mundo la fuerza de una familia cohesionada y vigorosa, abierta a tratos justos, empeños beneficiosos e ideas útiles al progreso humano.

Haciendo un recuento a vuelapluma sobre esas ideas y proyectos de unidad nos hallamos con los siguientes:

1. En los años veintes, el proyecto de Víctor Raúl Haya de la Torre, Luis Alberto Sánchez, Benjamín Carrión y otros pensadores progresistas para constituir un partido político continental, llamado Acción Popular Revolucionaria Americana (APRA), que tuviera una orientación reformadora, antiimperialista y de izquierda nacional. Influenciado en gran medida por la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria, fue fundado en Ciudad de México, en 1924, y su programa de acción incluía cinco puntos: Acción contra el imperialismo. Unidad política de América Latina. Nacionalización de tierras e industrias. Internacionalización del Canal de Panamá. Solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo. Aunque no logró finalmente conformarse a escala continental, lo cierto es que el APRA promovió la formación de varios partidos de centroizquierda en América Latina, que cumplieron un importante rol en la lucha contra las dictaduras, aunque la mayoría de ellos se derechizaron más tarde. En todo caso, nunca más se produjo en América Latina un proyecto político similar.
2. Las ideas integracionistas del gobierno argentino de Juan Domingo Perón, quien planteó la necesidad de “continentalizar” Sudamérica, impulsando una moneda única y un pasaporte común. (Hoy existe el Pasaporte Andino, la cédula de identidad del Mercosur, y los ciudadanos podemos viajar con DNI por toda Sudamérica).
3. La Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), creada en 1951 como un mecanismo de integración regional. Creó, a su vez, el Mercado Común Centroamericano, nacido en 1960 con el Tratado de Managua, y el Sistema de Integración Centroamericano, con órganos como el Parlamento Centroamericano y la Corte Centroamericana de Justicia.
4. El Convenio Cultural y Educativo Andrés Bello, organismo de integración educativa y cultural consagrado en la “Declaración de Puerto España” (1969), a la que adhirieron muchos otros países del área e inclusive España.

5. **El Pacto Andino (actual Comunidad Andina), organismo regional de integración económica, surgido en 1969 con la firma del Acuerdo de Cartagena. Más tarde alcanzó proyecciones políticas, al crearse nuevos órganos del Sistema Andino de Integración, tales como el Tribunal Andino de Justicia, el Parlamento Andino y el Consejo de Ministros de RR. EE.**
6. **El Mercado Común del Sur (Mercosur), que nació en 1991 con la firma del Tratado de Asunción y que hoy reúne, en calidad de miembros plenos o asociados, a la mayoría de países de Sudamérica.**

Y es así como llegamos a los nuevos organismos de integración latinoamericana y caribeña, creados al calor de su nueva realidad política y económica: la Unión de Naciones del Sur (UNASUR), nacida en 2008 y con vida jurídica desde 2011, y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), creada en 2010 en Playa del Carmen (México), como un organismo regional propio y alejado de toda tutela “panamericana”, llamado a continuar las tareas unitarias del Grupo de Río y la Cumbre de América Latina y el Caribe.

Vistos los esfuerzos de integración en perspectiva histórica, es evidente que la ruta ha sido larga y que recién nos hallamos a medio camino. Empero, se evidencia en nuestros pueblos, más que nunca, un anhelo de integración de lo que estuvo separado y de reintegración de lo que fue dividido. Esto viene apoyado por una nueva toma de conciencia continental sobre las limitaciones, errores e incurias del pasado y en un conjunto de proyectos políticos progresistas que avanzan en varios países nuestros, con miras al rescate pleno de nuestra soberanía nacional y a la satisfacción de las acumuladas necesidades de nuestros pueblos.

De otra parte, si en los tiempos precolombinos nuestros pueblos originarios se buscaban y relacionaban por un imperativo de supervivencia, frente a su soledad existencial en medio de una tierra de abundancia, en la época contemporánea el imperativo de vinculación entre nuestros pueblos y países es equivalente, aunque motivado por

razones diversas: ahora se buscan y aproximan para enfrentar juntos y hermanados los desafíos de una globalización apabullante, que amenaza con subsumir sus culturas, sus economías y su modo de vida bajo una ola tsunámica de despersonalización histórica, que actúa como anticipo de una nueva dominación internacional.

Frente a esos nuevos retos y amenazas, se ha vuelto indispensable e imperativo que nuestra América se proyecte con vigor unitario frente al mundo. Si somos ya una potencia cultural, cuya creatividad artística y literaria ha sido abundantemente premiada y reconocida, es llegada la hora de ser también una potencia actuante en la vida económica y política del mundo, para contribuir a su reordenamiento democrático, poniendo fin a las viejas hegemónías imperiales y creando un nuevo sistema mundial de equilibrios y balances.

Para decirlo en palabras de Martí: *“Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”*.

Quito, 5 de marzo de 2013.